



Upon High
Places

Vida eterna

Mensaje de Mayo 2018 - 6

SOCIEDAD MISIONERA INTERNACIONAL

**Adventistas del Séptimo Día
Movimiento de Reforma**

DEPARTAMENTO DE JÓVENES DE LA ASOCIACIÓN GENERAL

Mis queridos jóvenes:

Os saludo en el nombre del Señor Jesucristo y pido que sus bendiciones, amor y dirección sean sobre vosotros en abundancia.

El elixir de la eterna juventud

En esta ocasión meditaremos sobre el texto de Tito 1:2, ***“Nuestra esperanza es la vida eterna, la cual Dios, que no miente, ya había prometido antes de la creación”*** (Nueva Biblia al Día).

La palabra “eterno” significa que alguien o algo no tiene principio ni fin; también la usamos para hablar de un espacio de tiempo excesivamente prolongado, por ejemplo: “El tren tardó una eternidad en llegar”. El primer significado es el que realmente inquieta a unos y esperanza a otros. ¿Cómo podemos entender este concepto si somos mortales? En nuestra humanidad estamos limitados por el tiempo y el espacio, esto significa que nacemos en una fecha concreta y moriremos después de un tiempo que no sabemos. David habla de esto y dice que *“los días de nuestra vida llegan a setenta años; y en*

caso de mayor vigor, a ochenta años” (Salmos 90:10). (La Biblia de las Américas).

Pareciera, pues, que no tendría que preocuparnos la eternidad, es decir el vivir siempre, porque estamos programados a nacer, envejecer y morir. Pero resulta que Dios, al crearnos, puso en nuestro corazón algo especial: *“También ha puesto la eternidad en sus corazones...”* (Ecles. 3:11). Sí, querido joven, el Creador te ha diseñado para que desees ser eterno, así dice Salomón. Dios ha puesto en nuestra mente la idea de lo infinito y por eso no es extraño que miremos a las estrellas buscando respuestas, anhelando la inmortalidad. Todos deseamos prolongar nuestra vida, nadie en su cabal juicio quiere morir, lo demuestra el hecho de que el mercado farmacéutico supera las ganancias por ventas de armas o las telecomunicaciones.

Nos aferramos a la vida como el náufrago se aferra a cualquier cosa que flote en altamar para no ahogarse. Todos queremos vivir muchos años, ser jóvenes, alejar los síntomas de la vejez, en definitiva eternizarnos; pero lamentablemente la vida pasa y deja su huella degenerativa en nosotros.

La lucha por hallar el elixir de la eterna juventud ha generado un mercado super lucrativo de productos antiedad que mueve millones y millones de dólares por año y esta búsqueda es antiquísima; las dinastías chinas, egipcios y griegos, ya hacían toda clase de mezclas con todo tipo de ingredientes para encontrar la fórmula de la eterna juventud. Pero ahí están las momias egipcias de los grandes faraones y todos los cementerios del mundo como testimonio de la verdad expresada en Job: *“La vida de un ser humano es muy corta y llena de amarguras. Es como una flor, brota y se marchita; como una sombra que pasa y desaparece”* (Job 14:1-2). (Palabra de Dios para Todos).

Nuestro pasaje por la vida

¿No te gustaría ser eterno, querido joven? Me imagino que sí y a mí también. ¿Puede acontecer este milagro? En esta vida no, ya lo dice el Evangelio: *“¿Y quién de vosotros, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida?”* (Mat. 6:27). (La Biblia de las Américas). Venimos a este mundo como mortales y llegará el día que tendremos que morir. Creo que es importante entender nuestra condición y aceptarla en nuestra mente sin miedos ni traumas.

El gran problema de muchas personas es que no dedican tiempo a prepararse para aceptar la ancianidad. Muchos expertos dicen que así como nos preparamos para casarse, desempeñar una profesión, jubilarse, etc., también tendríamos que prepararnos para llegar a la vejez y acostumbrarse a la idea que un día deberemos abandonar este mundo. Algunos hacen la alegoría de “tener las maletas preparadas”, que significaría estar en todo momento listo para encarar el último momento de vida.

Pero este asunto no es tan fácil como parece si no nos aferramos a la mano de aquel que nos ha creado. Quien nos ha dado la vida un día nos la

quitará. *“Entonces volverá el polvo a la tierra como lo que era, y el espíritu volverá a Dios que lo dio”* (Ecles. 12:7).

Dios tiene recursos sobrados para capacitarnos a aceptar con naturalidad el momento en el que tendremos que dar el último adiós. Es en ese instante en el que se va la vida muchos se desesperan y les invade una sensación de horror y miedo terrible. Nos puede acontecer a todos. Pero el que ama a Dios y le conoce por experiencia personal sabe que hay algo más después de esta vida y es la eternidad que a su debido momento Dios nos la regalará. Sí, Él lo ha prometido, lo dice el texto de reflexión: *“Nuestra esperanza es la vida eterna, la cual Dios, que no miente, ya había prometido antes de la creación”* (Tito 1:2).

Una pequeña demora

Tal vez algún joven se plantee el asunto desde otra óptica. Si Dios nos va a conceder la eternidad un día, ¿por qué no nos ha creado como seres que pueden gozar ya de esa eternidad? Podríamos evitar de esta manera todo el sufrimiento humano y la muerte. En realidad así fue, Dios creó a Adán y a Eva, nuestros primeros padres, para que fueran eternos, pero había una condición y era la lealtad a Dios (Gén. 2:17). La desobediencia a los mandamientos divinos traería como consecuencia la muerte. Eso es lo que enseña Pablo cuando dice que la paga del pecado es la muerte (Rom. 6:23).

Adán y Eva fueron expulsados del Edén para vivir en un mundo gobernado por el príncipe de las tinieblas, su nuevo señor, *“Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció”* (2 Ped. 2:19). (Reina Valera 1960). El diablo les tentó para que comiesen del fruto prohibido; sin pensar en las consecuencias Eva transgredió la ley divina y comió, también le ofreció a su esposo que comió, así se introdujo el pecado en este mundo y por tanto la muerte, porque ya no tendrían acceso al árbol de la vida. *“Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre”* (Gén. 3:22). Fue así como tuvieron que abandonar su hogar edénico y la posibilidad de ser eternos.

¿En qué condición quedó la raza humana? Sujetos a la maldad, al sufrimiento, al dolor, a la enfermedad, a la muerte. Pero en su horizonte brilló una luz; Dios les hizo una promesa de restauración: La serpiente iba a ser destruida por Cristo que le pisaría la cabeza (Gén. 3:15). Adán y Eva y todos sus descendientes, tendrían que morir pero podían abrazar la esperanza que con la muerte de Cristo en el Calvario el pecado quedaría expiado y todo aquel que se arrepintiera de sus pecados y los confesara a Dios en el nombre de Cristo (esto significa confiar en su justicia y no en la nuestra) hallaría el perdón y la restauración. Todos los dones robados por Satanás en el Edén a los humanos serían restaurados por Dios a través de Cristo.

Crear en Jesús no es solamente declararlo como nuestro Salvador personal, es también aceptarlo como Señor de nuestras vidas, lo que significa que aceptamos llevar su yugo Mat. 11:28-29) y esto significa someterse a los

requerimientos de su santa Ley de amor. La justicia de Cristo no sólo se coloca a nuestro favor declarándonos justos, lo que se llama *justicia imputada*, sino que el Señor nos da su Espíritu para que podamos obedecerle, que es lo que conocemos por *justicia impartida*. Vivir la vida terrenal con fe en la justicia de Cristo nos hace candidatos a vivir la vida eterna. La promesa es segura: “Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn. 11:25). Pablo habla también de la vida eterna: “Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con el Señor siempre. Por tanto, confortaos unos a otros con estas palabras” (1 Tes. 4:16-17).

Aquí encontramos la palabra comprometida de Dios: Los muertos en Cristo resucitarán y con el Señor Jesús irán al cielo y vivirán eternamente. ¿No es maravilloso, querido joven? Juan, mirando hacia ese tiempo dice: “Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado” (Apoc. 21:4). El apóstol Pablo confirma esta maravillosa verdad: “Porque ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Cor. 15:21-22).

Querido joven, la vida eterna se extiende delante de cada uno de nosotros. ¿Qué decisión tomarás con relación a la misma? No podemos ir al cielo de forma automática, la salvación eterna es un don de Dios que desea regalarnos, pero debemos aceptarlo para hacerlo nuestro. En la eternidad no existirá la enfermedad y por tanto los enfermos ni la muerte (Isa. 35:5-6; Apoc. 21:3-4); no existirá el deterioro físico, no nos cansaremos y nuestra energía se renovará constantemente (Isa. 40:31; Apoc. 22:1-2); nunca experimentaremos la tristeza, la melancolía, la angustia, el llanto (Isa. 35:10); Dios hará una nueva creación de animales y serán pacíficos (Isa. 11:6-7). Así es querido joven. ¡Qué maravilloso es creer estas cosas! El Señor Jesús las hará realidad cuando regrese por segunda vez (Jn. 14:2-3). No nos podemos imaginar lo que Dios ha preparado para nosotros (1 Cor. 2:9). ¡No lo perdamos! Ánimo joven, es tuya la vida eterna en Jesús. Amén.

Os sugiero que en esta ocasión habléis sobre la vida eterna y sobre las cosas que más os gustará experimentar o hacer allá.

José Vicente Giner
Pastor y director del Departamento de Jóvenes
de la Asociación General

Visita la web de jóvenes: www.sobrelasalturas.org